



Una política de principios

(Publicado en ABC, 23 de enero de 2007)

Florentino Portero

En letra impresa n° 682

23 de enero de 2007

Una de las innumerables formas de catalogar a los políticos es aquélla que distingue entre los que actúan a partir de un programa y unos principios, y los que, por el contrario, prescinden de compromisos ideológicos para seguir las tendencias generales. Los primeros buscan transformar la sociedad desde unos presupuestos morales, los segundos persiguen el poder sin demasiados escrúpulos. Los primeros pueden llegar a obsecarse, los segundos muestran en ocasiones un marcado realismo. Los primeros son previsibles, los segundos actúan como veletas.

George W. Bush es un heredero de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Tiene profundas convicciones religiosas y políticas y, por lo tanto, su principal problema es lidiar con su propia conciencia. Hará aquello que «tenga que hacer», guste o no.

Cuando un periodista de «USA Today» le preguntaba recientemente cómo enviaba más soldados a Irak a sabiendas de que los electores rechazaban tal medida contestó que los resultados convencerían a los ciudadanos de lo acertado de la decisión. No hay en él asomo de oportunismo ni de demagogia. Es un estratega, piensa siempre en el medio y largo plazo y está dispuesto a asumir riesgos cuando la situación lo requiere.

El Discurso del Estado de la Nación será una declaración de principios sobre lo que va a ser esta legislatura y está garantizada la tensión ideológica. Bush les colocará donde no quieren estar: tratando de explicar cómo se gana la Guerra contra el Islamismo retirándose del campo de batalla, concediendo la victoria a los radicales de ambos campos, incluida Al Qaida, y abocando Irak a una guerra civil.

Los demócratas carecen tanto de un programa como de un líder. Su identidad es cada vez más borrosa y cuanto más se

les fuerza a hablar de temas de seguridad internacional más se evidencian sus contradicciones.